En la portería continuamente se distribuía agua de San Ignacio y hubo día que se bendijeron 16 cántaros, atribuyéndole muchos enfermos maravillosos efectos.

No contentos los padres Jesuítas con estos servicios y deseosos de mayores fatigas ya que no peligros, pues de todo momento eran los que en la capital se corrían, se trasladaron á Agullent, pueblo de corto vecindario y á Onteniente, villa populosa, situados á unas 18 leguas de Valencia, que ambos fueron teatro de los trabajos y fatigas de los Padres de la Compañía.

En el verano de este año (1885), empezó á afligir á los habitantes del pueblo de Agullent el azote de Dios, y como los enfermos sólo acudían al médico cuando se hallaban muy al cabo, casi todos los invadidos morían sin remedio, atribuyendo su muerte á impericia del médico, quien, según ellos, envenenaba á los coléricos. Por exceso de trabajo y sobra de disgusto cayó el médico también enfermo y el reverendo Cura-párroco tenía que hacer las veces de médico de alma y cuerpo, el cual pronto quedó rendido de fuerzas y con la salud quebrantada, temiendo con fundamento que sus feligreses presto quedarían abandonados de todo socorro humano. En tan angustiosa situación acudió en unión del señor alcalde al padre Rector del Colegio de San José, el cual dispuso enviar sin demora alguna á los PP. Torras y Falomir, quienes entraron en Agullent el 27 de Julio y fueron recibidos por el pueblo como ángeles venidos del cielo.

Inmediatamente reunieron á la gente en la iglesia parroquial, y uno de los Padres predicó á la multitud, exhortándoles á la confesión y penitencia, manifestándoles la imperiosa necesidad de avisar al médico á los primeros síntomas, que es cuando la enfermedad tiene casi seguro remedio, y ponderando los efectos maravillosos del agua de San Ignacio, que se bendeciría desde luégo en la casa parroquial. Con esto se reanimó el ánimo harto abatido de los agullenses, y aquel mismo día no quedó familia que no se proveyese de la prodigiosa agua. El efecto correspondió á las esperanzas concebidas. Desde entonces hubo sólo uno ó dos invadidos más y cesó del todo el contagio. Acudieron todos también á lavar sus almas en la piscina de la confesión sacramental. Á pocos días tuvo que ausentarse con premura el P. Falomir y le sustituyó el P. Fons, quien ayudó á completar la obra comenzada, predicando ya en la iglesia, ya en campo raso, confesando y visitando á los coléricos que quedaban convalecientes.

Noticiosa la villa de Onteniente, donde el cólera hacía estragos, de los prodigios del agua de San Ignacio, enviaron una comisión á Agullent, para que fuese allá un Padre á bendecirla y si era posible para que volaran los Padres de la Compañía al socorro de la afligida villa. Acudieron á esta petición y un Padre se adelantó á bendecir agua de San Ignacio, y fué tal el concurso, que en pocas horas bendijo de 300 á 400 cántaros y unos 100 cántaros más en los días siguientes.

Libre el pueblo de Agullent, se trasladaron los dos Padres á Onteniente, agregándoseles el P. Solá y empezaron desde luégo en la iglesia de San Carlos, que perteneciera en otro tiempo á la Compañía, un triduo de rogativas á la imagen del Santo Cristo de la Agonía. Predicó un Padre todos los días, sin que la iglesia pudiese contener á la multitud que acudía, por lo cual mucha gente tenía que detenerse en la calle hasta donde podía oirse la palabra de Dios.

El éxito superó á las esperanzas, fueron numerosas las conversiones de empedernidos pecadores oyéndose exclamar á algunos en su lengua: «Pare ¡ qué

n'estich de content!» ó bien «Pare, ni que m' haguessin donat un milló estaría tant content.» Y viniendo á escondidas, se presentaban luégo en público, orando en cruz dentro de la iglesia, y publicaban por la calle como ya se habían confesado, mostrando en prueba de ello á los incrédulos la medalla ó estampa que les había regalado el Padre. Renació la paz en muchos matrimonios desunidos y los usureros desde el confesionario iban á casa de sus deudores, diciéndoles que al vencer el plazo sólo debían pagarles el interés del 6 por ciento y no el 20, 30 ó más, que habían estipulado. En una palabra tanto los Párrocos como los mismos Jesuítas estaban como atónitos, viendo tantos y tales milagros de la gracia de nuestro Redentor.

Tal cambio aplacó la ira divina, disminuyendo el cólera de manera, que registrándose por espacio de tres semanas de 20 á 25 invasiones diarias, seguidas de unas 12 defunciones por día, desde la bendición del agua de San Ignacio, sólo hubo en la parroquia de Santa María dos invasiones más sin defunción, y en la de San Carlos dos ó tres invasiones diarias, sin que muriese ninguno de los nuevamente atacados, hasta que á los pocos días desapareció del todo la epidemia.

Esta fué la noble conducta de los Hijos de San Ignacio, doquier seguida sin reparar en sacrificios personales, ni pecuniarios, y el agradecimiento de los pueblos, y el incremento de devoción que á su paso iban recobrando, atestigua la heroicidad de sus acciones y la bendición de Dios sobre sus obras.

También en esta Casa escogió el Señor dos víctimas agradables á sus ojos y de entre los varios atacados que hubo en la Casa con mayor ó menor intensidad, sucumbió el 15 de Julio en Valencia de un ataque rápido de cólera el P. Joaquín Laborda, natural que era de Aragón, celoso é infatigable misionero.

Pocos días antes, ó sea el 7 de Julio, en la misma Casa de Valencia, falleció del cólera el P. Joaquín Medina, de 74 años de edad, que sólo tenía el sentimiento de que sus achaques le impidiesen volar como sus hermanos al lado de los enfermos y moribundos. Á propósito de esta muerte copiamos las palabras que publicó en la excelente *Revista Popular* su sabio Director:

Acaba de fallecer en Valencia, su patria, el reverendo P. Joaquín M.ª Medina, de la Compañía de Jesús. El nombre y las apostólicas cualidades del P. Medina eran muy conocidos en Barcelona, donde había desempeñado el delicadísimo cargo de Rector del Seminario conciliar. Durante aquellos años predicó repetidas veces los santos Ejercicios á caballeros solos en la capilla de dicho Seminario, y era admirado por los hombres de más talento é ilustración de nuestra ciudad por su celo, fervor y singular manera de ganar para la verdad los menos dispuestos corazones. Poseía en grado sumo la rarísima elocuencia de la conversación, y gracias á ella hacia como púlpito suyo la más fría visita de etiqueta ó cualquier encuentro casual en medio de la calle. Hace pocos dias recibimos carta de él, que fué como su despedida, y de ella nos permitimos reproducir el siguiente párrafo, que muestra como conservó hasta lo último de la vida su delicado gracejo: «*Esto se va* (nos decia) y muy prosaicamente, gracias á Dios, como debia ser. La escolta que ha de acompañarme á la última estación de la parte de acá, está ya formada, ó mejor dicho, reunida junto á mi pobre persona, y se compone de setenta y cinco números ó años, nada menos.» En eso se quedaba corto el buen Padre. La escolta que le acompaña al sepulcro son las oraciones y piadosa gratitud de muchísimas almas á quienes dirigió para el cielo y amaestró con su ejemplo y documentos para las obras del apostolado cristiano, entre las cuales humildemente nos contamos, sintiendo tan sólo no haber salido dignos discípulos de tal preceptor en lo que tan agudamente llamaba él con su habitual estilo, «pláticas de sofá» y «teología de visita y de tocador.» R. I. P. Amén.

ORIHUELA.

En esta ciudad tan probada por Dios se desarrolló el cólera en el mes de Junio y no cesó hasta últimos de Setiembre, causando en este tiempo sobre 924 defunciones. Excusado fuera el decir que aquí como en todas partes, los Hijos de San Ignacio no se separaron un punto del lugar del peligro y del combate, sino que todavía más, lo iban á buscar prestando toda su cooperación y apoyo á los Curas-párrocos en el desempeño de su ministerio, y á las Autoridades todas con sus sacrificios personales y pecuniarios, y alentando el abatido espíritu público con el fomento de la piedad para implorar de Dios la desaparición de su castigo.

En esta población es donde San Ignacio de una manera palmaria y evidente ha demostrado el poder que el Señor concede al agua que se bendice en su nombre, puesto que á pesar de ser casi desconocido su uso, apenas se vió sus portentosos efectos, acudieron al Colegio de Santo Domingo vecinos de pueblos de gran distancia para obtener que se les bendijera el agua, pues con ella se creían indemnes de toda enfermedad.

Los PP. Jesuítas como varones de Dios aprovechaban los mismos beneficios que el Señor dispensaba á los pueblos para exhortarlos al arrepentimiento de sus pecados y á una reforma de costumbres, y es innegable que se obtuvieron resultados maravillosos, y es indudable también que las voces de los que diariamente clamaban y pedían al cielo «Misericordia,» han detenido el brazo de la divina justicia que se aplacó con tan pocas víctimas.

Por último copiamos del *Correo Catalán* y éste del *Resumen.*

Merece justísima mención la conducta de los PP. Jesuítas del Colegio de Santo Domingo de Orihuela y de los frailes Capuchinos de dicha ciudad.

Cinco Hijos de San Ignacio están de noche y de día á la cabecera de los moribundos, sin que desmaye un punto su caridad ni su celo. Y lo mismo vienen haciendo los Capuchinos, los cuales han perdido ya un Hermano, y tienen á otros dos atacados por la epidemia.

El cólera que más espanta en Orihuela es el hambre, y aunque el Prelado da cuanto puede, y la portería del Colegio es un jubileo de pobres donde se reparten cada día cerca de cien raciones, no basta, porque las familias que pudieran dar y hacer frente á esta calamidad han huído en su mayor parte.—(Del *Correo Catalán* del 11 de Agosto.)

MURCIA.

Todo cuanto llevamos dicho respecto á la Compañía, es exactamente aplicable á Murcia, y en su corroboración véase lo que dice primero el *Siglo Futuro*, de 9 de Julio y el *Intransigente* de 13 del propio mes.

No ha mucho tiempo que recibimos una tarjeta que decía:—Diego Isidoro García se despide para la Compañía de Jesús.

Era este señor un ejemplar sacerdote, capellán en la iglesia de las Descalzas Reales, muy querido amigo nuestro, y de cuantos le conocían, por la afabilidad de su trato y su virtud. El cual, en efecto, cuando nosotros recibimos su tarjeta, estaba ya en el noviciado de San Jerónimo que los Padres de la provincia de Toledo tienen en Murcia.

Invadió el cólera la capital y muchos pueblos de Murcia. El Clero, á ejemplo de su venerable Obispo, cumplió como siempre sus heroicos deberes; y muchos Párrocos y Sacerdotes enfermaron y murieron confesando, animando, y aun asistiendo materialmente á los coléricos.

Aunque los Padres de la Compañía que están en San Jerónimo tienen allí ocupación sobrada que no les da lugar para otra cosa, en cuanto la peste comenzó á azotar aquellas comarcas, dedicáronse á confesar á los que, de todos los pueblos infestados, acudían estimulados por el castigo, á prepararse para una muerte más que de ordinario posible. Y cuando empezaron á morir del contagio Párrocos y Sacerdotes, la Compañía envió sus Padres, á cubrir los vacíos que la muerte iba dejando, mientras el azote durase.

D. Diego Isidoro García, como novicio, no tenía que hacer sino admirar y agradecer la abnegación con que aquellos benditos Padres cuidaban de sus hijos, guardando para sí solos el trabajo, á veces insoportable para las solas fuerzas humanas, y los continuos peligros. Mas su fervor y caridad le movieron á pedir con instancia, hasta lograrlo, que, por ser ya sacerdote, le dejaran ir á encargarse de un pueblo y de unas almas á quien la peste había dejado sin Pastor.

Allá fué, y allá ganó palmas y coronas inmarcesibles que ya habrá recibido en el cielo. Porque al volver á San Jerónimo cayó enfermo del cólera, y murió santamente, mártir de la caridad.

Quería servir en la Compañía de Jesús en la tierra, y Jesús le llevó á gozar de su compañía en el cielo.

Parece que da reparo pedir oraciones para quien así muere. Con todo eso, encarecidamente las pedimos; que, aunque él no las necesite, no han de ser perdidas para nosotros.—R. I. P.

Dice *La Correspondencia:*

«Víctima del cólera ha fallecido en Murcia el virtuoso sacerdote, R. P. Diego García, que se hallaba en San Jerónimo, practicando el noviciado de la Compañía de Jesús. El citado Padre García, que fué en la corte capellán de las Descalzas Reales y era muy apreciado de cuantos le conocían, contrajo la infección hallándose desempeñando en un pueblo de la huerta de Murcia las funciones de su sagrado ministerio espiritual.

»Estos son los verdaderos héroes que sin gastar palabras de relumbrón cuando llega la ocasión de obrar, saben morir gustosos, sacrificándose en aras de la caridad. Como pueden observar nuestros lectores, todos los días tenemos que darles cuenta de hechos parecidos. ¡Qué apología, muda, pero brillante del Catolicismo!»

VERUELA.

Bajo este título vamos á reseñar todo lo que ocurrió en Tarazona con los padres Jesuítas, durante la invasión del cólera en aquella ciudad, cual azote duró cosa de cuarenta días, causando unas 458 defunciones. Apenas iniciada la epidemia el activo señor alcalde propuso al P. José Armengol el deseo de que los padres Jesuítas de Veruela tomasen parte en la asistencia de los epidemiados. Escrito al padre Superior de aquella Casa, inmediatamente partieron varios jóvenes quienes se pusieron á la disposición de la Autoridad local para todos los servicios necesarios, la cual ofrecióles la comida por todo el tiempo que durare la epidemia, sin que fuese aceptado el ofrecimiento por los Jesuítas, que llenos de caridad auxilian al moribundo y piden á Dios por su alma. Á lo que añade un periódico de la localidad, *El Queles:* «Este solo hecho fuera bastante para desmentir la infame calumnia que contra los Hijos de San Ignacio lanzaron algunos periódicos, diciendo que se negaban á prestar asistencia á los coléricos, si ya no fuesen de todos conocidas las virtudes de que los Padres de la Compañía se hallan adornados.»

En Tarazona los Jesuítas, tanto los sacerdotes como los jóvenes novicios, hicieron prodigios y la memoria del P. Armengol, de este apóstol de la caridad, quedará eternamente grabada en su memoria. Los Hermanos asistían á los enfermos en los oficios más repugnantes y bajos, que no lo eran para ellos; dar friegas en la parte rígida por los calambres, servirles medicinas ó alimento, ayudarles á todo, consolarles y animarles, y en fin amortajar los cadáveres y conducirlos algunas veces por sí mismos al depósito, cuando los camilleros no podían estar á punto. Los enfermos les querían junto á sí y fueron la admiración de toda la ciudad.

De continuo se elevaban al mismo tiempo plegarias al cielo implorando misericordia, cantándose diariamente por las calles el Rosario de la Aurora y no era raro presenciar el hermoso espectáculo de ver reunidas algunas familias de la vecindad delante de las capillitas que tenían siempre adornadas y abiertas, y en una de las calles más concurridas alguna vez se rezaba el santo Rosario, empezándolo y dirigiéndolo una devota vecina desde su ventana, y contestando desde sus puertas cuantos alcanzaban á oirlo, y aun los que por la calle transitaban.

Tal fervor y el sacrificio de su vida que en aras de la salud de todo el pueblo hizo al Señor el P. Armengol, sin duda hubieron de calmar la justicia de Dios y bien pronto desapareció el azote. Cumple en este punto dar una breve noticia de este apóstol de la caridad.

El P. José Armengol nació en Barcelona é ingresó á los 17 años en la Compañía de Jesús. Tanto en la enseñanza como últimamente en la predicación, poseía infatigable laboriosidad, generoso corazón y palabra fácil y elocuente. Deseaba ardientemente asistir á los coléricos, y habiendo ido á Tarazona á predicar un sermón, supo que al siguiente día de su llegada apareció el cólera en la ciudad y en seguida ofrecióse para cuidar á los apestados. Aceptada su oferta se trasladó al Seminario conciliar. Desde allí empezó su campaña, cuyos hechos no es posible relatar, pero sí diremos en compendio que ya en un principio ocupó el púlpito, desde donde sin cesar levantaba el espíritu de todos, avivando la fe y elevando los corazones á Dios para pedir remedio; esforzaba al Clero que generosa y caritativamente también se había lanzado á la asistencia de los enfermos; exhortaba á las autoridades á continuar en las acertadas disposiciones que dictaba; y al par que propinaba con su autorizada palabra los remedios espirituales como más importantes para las almas, no descuidaba el enseñar á hacer uso de los desinfectantes que la ciencia aconseja y amonestaba se tomasen las precauciones que según opinión facultativa son oportunas en tiempos de epidemia. Y pareciendo poco al celo apostólico del P. Armengol las muchas veces que en la semana ocupaba con tanto fruto de sus numerosos oyentes la cátedra del Espíritu Santo, hacía púlpito de las calles y plazas, consolando á los afligidos por la pérdida de personas queridas, animando á los abatidos, y amonestando á otros que dejasen cierta clase de alimentos ó bebidas que podían serles perjudiciales; lo cual todo obtenía maravillosos resultados porque entendían el desinterés y caridad que animaban sus consejos.

Entregado de lleno á sus tareas apostólicas y no descansando un momento, en la noche del 25, corre, movido de generoso impulso, á prestar los últimos auxilios de la Religión al vice-Rector del Seminario que se hallaba gravemente enfermo, y cumplido este deber siguió por la noche administrando á otros enfermos hasta que á las 4 de la madrugada le avisaron que un hermano había caido malo, y entonces voló á la Casa para prodigarle los primeros cuidados. Celebró luégo el santo Sacrificio y algo más tarde fué á predicar á San Francisco. Poco antes del sermón encontró al paso una Hermana de la Caridad y preguntado por su estado de salud respondió «Mal, pero á pesar de todo voy á predicar.» En efecto lo hizo con la unción y fervor apostólico que solía. En este sermón, el último que debía predicar, en un arranque de heroica caridad ofreció al Señor su vida, si era necesaria una víctima que aplacase el rigor de su justicia sobre aquella afligida ciudad. Aquel día empezó á sentirse abatido y pidió un momento de descanso, hecho extraordinario que alarmó á sus Hermanos, y como llegasen nuevos Hermanos de refuerzo, del inmediato Veruela, los recibió con su afable sonrís, les alentó al trabajo y les dijo que no se alarmasen, pero que se sentía invadido. Ordenó luégo lo que debían hacer los Hermanos y realizado se retiraron, pero llamando en seguida, le hallaron mal, se avisó el médico y éste le halló tan grave que ordenó se le administraran los santos Sacramentos, lo que se hizo en seguida con gran satisfacción y consuelo de su alma.

Juzgóse desde luégo que el ataque era mortal y así lo comprendió el P. Armengol, quien llamando á un Hermano le dijo con voz débil y apagada. «Escribe al padre Provincial, que muero contento porque muero en la Compañía,» y exclamó también. «Di á Tarazona que mi último suspiro es para ella.» Al practicar un Hermano, médico también, algunos remedios, le preguntó qué quería, á lo que contestó: «Morir,» con una resolución que parecía confirmar la oblación que de su vida había hecho al Señor y significaba al mismo tiempo la resignación con que veía aceptado por Dios su sacrificio.

Al comenzar la noche del 26 había hecho el mal grandes progresos y entre una y dos de la madrugada entró en una penosa agonía. Un Padre le exhortaba con jaculatorias y aspiraciones, y las últimas expresiones del P. Armengol, momentos antes de espirar eran tales que ponían admiración á los que las presenciaban. Finalmente á las tres de la madrugada del 27 de Agosto, rodeado de sus Hermanos de religión, entregó su espíritu al Señor para recibir el premio de su apostólica vida y del heroico sacrificio de caridad que le ocasionó la muerte.

Sucedió con el P. Armengol lo que con los verdaderos apóstoles de la caridad, todo diligencia para los demás, y olvido y dureza para consigo mismos. Por esto su muerte causó honda impresión en el anciano señor Obispo que le quería entrañablemente, en las Autoridades y en el pueblo todo, de que dieron señaladas pruebas.

Nos hemos detenido un tanto en esta relación que manifiesta lo que es un Jesuíta, porque tal es el retrato de todos, y terminaremos copiando algo de lo que dijeron algunos periódicos.

Hé aquí una carta, cuya lectura recomendamos á los infelices enemigos de las Órdenes religiosas:

«*Veruela* 12 *de Agosto de* 1885.

»Apreciado primo: Pocos días ha que te escribí, contestando á tu apreciada del 30 pasado, pero ya que se me ofrece ocasión, marchando para esa el padre José María Soler, no puedo menos de escribirte algunas líneas.